

## Las ideas fuera de lugar\*

Roberto Schwarz

Toda ciencia tiene principios de los que se deriva su sistema. Uno de los principios de la economía política es el trabajo libre. Sin embargo, en el Brasil impera el hecho “impolítico y abominable” de la esclavitud.

Este argumento –resumen de un panfleto liberal, contemporáneo de Machado de Assis<sup>1</sup>– deja al Brasil fuera del sistema de la ciencia. Quedábamos por debajo de la realidad a la que esta se refiere; éramos antes que nada un asunto moral, “impolítico y abominable”. Profunda degradación, considerando que la ciencia era la Ilustración, el progreso, la humanidad, etc. Respecto de las artes, Nabuco expresa un sentimiento comparable cuando protesta contra la cuestión de la esclavitud en el teatro de Alencar: “Si eso ofende al extranjero, ¡cuánto no humilla al brasileño!” (cit. en Coutinho 106). Otros autores hicieron naturalmente el razonamiento inverso. Dado que no se refieren a nuestra realidad, tanto

\* Aparecido primero como “Dépendance nationale, déplacement d'idéologies, littérature” en *L'Homme et la Société* 26 (París, 1972). Luego como “As idéias fora do lugar” en *Estudos CEBRAP* 3 (San Pablo, ene. 1973) y, bajo el mismo título, como primer capítulo del volumen *Ao vencedor as batatas. Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro* (San Pablo, 1977). Esta traducción se basa en la reedición de ese volumen publicada en 2000 por Editora 34 y Duas Cidades, en San Pablo.

<sup>1</sup> Cf. Bandeira en *O Futuro* (1863). Machado colaboró constantemente en esta revista.

la ciencia económica como las demás ideologías liberales son –ellas sí– abominables, impolíticas y extranjeras, y además objetables.

Son preferibles, para dicha suya y nuestra, los buenos negros de la costa de África, pese a toda la morbosa filantropía británica que, olvidándose de su propia casa, deja morir de hambre al pobre hermano blanco, esclavo sin señor que de él se compadezca, e hipócrita y estólido llora –poniendo en ridículo a la verdadera filantropía– la suerte de nuestro esclavo feliz (cit. en Nabuco 188 y Holanda 96).

Cada uno a su modo, estos autores reflejan la disparidad entre la sociedad brasileña, esclavista, y las ideas del liberalismo europeo. Avergonzando a unos, irritando a otros, quienes insisten en su hipocresía, estas ideas –en que ni griegos ni troyanos reconocen al Brasil– sirven de referencia para todos. En suma, está montada una comedia ideológica *diferente de la europea*. Es claro que la libertad de trabajo, la igualdad ante la ley y, de modo general, el universalismo, eran ideología también en Europa; pero allá correspondían a las apariencias, encubriendo lo esencial –la explotación del trabajo–. Entre nosotros, las mismas ideas serían falsas en un sentido distinto, por así decir, original. La Declaración de los Derechos del Hombre, por ejemplo, transcrita en parte en la Constitución Brasileña de 1824, no solo no escondía nada, sino que tornaba aún más abyecta la institución de la esclavitud (Costa). Lo mismo respecto de la profesada universalidad de los principios, que convertía en escándalo la práctica generalizada del *favor*. ¿De qué valían, en estas circunstancias, las grandes abstracciones burguesas que empleábamos tanto? No describían la existencia –pero no solo de eso viven las ideas–. En un sentido similar, Sergio Buarque observa: “Trayendo de países distantes nuestras formas de vida, nuestras instituciones y nuestra visión de mundo, y esforzándonos por sostener todo eso en un ambiente muchas veces desfavorable y hostil, somos unos desterrados en nuestra propia tierra” (15). Esa impropiedad de nuestro pensamiento, que no es casual, como se verá, fue de hecho una presencia asidua que atravesó y desequilibró, hasta el detalle, la vida ideológica del Segundo Imperio. Con frecuencia pomposa o trivial, ridícula o tosca, y muy raramente adecuada en el tono, la prosa literaria de la época es uno de los muchos testimonios de ello.

Siendo un lugar común en nuestra historiografía, las causas de ese cuadro fueron poco estudiadas en sus efectos. Como se sabe, éramos

un país agrario, independiente, dividido en latifundios, cuya producción dependía del trabajo esclavo por un lado, y por otro del mercado externo. Más o menos directamente, de ahí provienen las singularidades que expusimos. Era inevitable, por ejemplo, la presencia entre nosotros de la racionalidad económica burguesa—la prioridad del lucro, con sus corolarios sociales— dado que esta predominaba en el comercio internacional, hacia donde nuestra economía se orientaba. La práctica permanente de las transacciones instruía, en ese sentido, cuando menos a una pequeña multitud. Además habíamos logrado la Independencia hace poco, en nombre de ideas francesas, inglesas y americanas, variadamente liberales, que de ese modo hacían parte de nuestra identidad nacional. Por otro lado, con igual fatalidad, este conjunto ideológico chocaría contra la esclavitud y sus defensores y, más aun, conviviría con ellos (Costa). En el plano de las convicciones, la incompatibilidad es clara, y ya vimos ejemplos. Pero también en la práctica se hacía sentir. Siendo una propiedad, un esclavo puede ser vendido, pero no despedido. El trabajador libre, en ese sentido, da más libertad a su patrón, además de inmovilizar menos capital. Este aspecto—uno entre muchos— muestra el límite que la esclavitud imponía a la racionalización productiva. Comentando lo que viera en una hacienda, un viajero escribe: “No hay especialización del trabajo, porque se procura economizar en mano de obra”. Al citar el pasaje, F. H. Cardoso observa que “economía” no se refiere, en este contexto, a realizar el trabajo en un mínimo de tiempo, sino en un máximo. Es preciso dilatarlo, a fin de ocupar y disciplinar el día del esclavo. Exactamente lo opuesto de lo que era moderno hacer. Fundada en la violencia y la disciplina militar, la producción esclavista dependía más de la autoridad que de la eficiencia (Cardoso 189-191 y 198). El estudio racional del proceso productivo, así como su modernización continua, con todo el prestigio obtenido por la revolución que ocasionaban en Europa, no tenían sentido en el Brasil. Para complicar aún más el cuadro, considérese que el latifundio esclavista había sido en su origen un emprendimiento del capital comercial, y que por tanto el lucro fue desde siempre su eje. Pero el lucro como prioridad subjetiva es común tanto a las formas anticuadas del capital como a las más modernas. De suerte que hasta cierta fecha—cuando este modo de producción llegó a ser menos rentable que el trabajo asalariado— los incultos y abominables esclavistas fueron, en lo esencial, capitalistas más consecuentes que nuestros defensores de Adam Smith, quienes veían en el capitalismo antes que nada la libertad. Se observa que para la vida intelectual el nudo

estaba ya atado. En este ámbito, los roles normalmente se confundían e invertían: la ciencia era fantasía y moral, el oscurantismo era realismo y responsabilidad, la técnica no era práctica, el altruismo aumentaba la plusvalía, etc. Y en general, dada la ausencia del interés organizado de los esclavos, el conflicto entre humanidad e inhumanidad, por justo que fuese, acababa encontrando una traducción más mezquina en el conflicto entre dos modos de emplear el capital –imagen que convenía a una de las partes<sup>2</sup>–.

Impugnada permanentemente por la esclavitud, la ideología liberal, que era la de las jóvenes naciones emancipadas de América, descarrilaba. Sería fácil deducir el sistema de sus contrasentidos, todos auténticos, y muchos de los cuales agitaron la conciencia teórica y moral de nuestro siglo XIX. Ya vimos una colección de ellos. No obstante, estas dificultades curiosamente seguían pareciendo secundarias. La prueba de la realidad no parecía importante. Es como si la coherencia y la generalidad no pesasen mucho, o como si la esfera de la cultura ocupase una posición alterada, cuyos criterios fuesen otros –¿pero otros en relación con qué?–. Por su sola presencia, la esclavitud mostraba la impropiedad de las ideas liberales; lo cual, sin embargo, es menos que condicionar sus movimientos. Aun siendo la relación productiva fundamental, la esclavitud no era el nexo efectivo de la vida ideológica. La clave de esta era distinta. Para describirla es preciso considerar al país como un todo. Esquemmatizando, puede decirse que la colonización produjo, sobre la base del monopolio de la tierra, tres clases de población: el latifundista, el esclavo y el “hombre libre”, en realidad dependiente. Entre los primeros dos la relación es clara; es la multitud de los terceros la que nos interesa. Ni propietarios ni proletarios, su acceso a la vida social y a sus bienes depende materialmente del *favor*, directo o indirecto, de un grande<sup>3</sup>. El *agregado* era su caricatura. El favor es, por ende, el mecanismo por el que se reproduce una de las grandes clases de la sociedad, envolviendo también a otra, la de los que más tienen. Nótese además que la vida ideológica se desarrollará entre estas dos

<sup>2</sup> Según observa Luiz Felipe de Alencastro en su tesis doctoral, la verdadera cuestión nacional de nuestro siglo XIX fue la defensa del tráfico negrero contra la presión inglesa. Un problema que no podía ser menos propicio al entusiasmo intelectual.

<sup>3</sup> Para una exposición más completa del asunto: Franco.

clases, regida, en consecuencia, por este mismo mecanismo<sup>4</sup>. Así, con mil formas y nombres, el favor atravesó y afectó la existencia nacional en su conjunto, resguardada siempre la relación productiva de base, asegurada por la fuerza. Estaba presente por todas partes, combinándose con las más variadas actividades, más o menos afines a ella, como la administración, la política, la industria, el comercio, la vida urbana, la Corte, etc. Incluso profesiones liberales, como la medicina, o calificaciones técnicas, como la tipografía, que en la acepción europea no debían nada a nadie, entre nosotros eran gobernadas por él. Y así como el profesional dependía del favor para el ejercicio de su profesión, el pequeño propietario depende de él para la seguridad de su propiedad, y el funcionario para su puesto. *El favor es nuestra mediación casi universal*—y siendo más tolerable que el nexo esclavista, la otra relación que la colonia nos legara, es comprensible que los escritores hayan basado en él su interpretación del Brasil, disfrazando involuntariamente la violencia que siempre reinó en la esfera de la producción—.

El esclavismo desmiente las ideas liberales; pero el favor, tan incompatible con ellas como el primero, las absorbe y disloca insidiosamente, originando un patrón singular. El elemento arbitrario, el fluido juego de estima y autoestima al que el favor somete el interés material, no pueden ser racionalizados íntegramente. En Europa, al atacarlos, el universalismo se había enfrentado al privilegio feudal. En el proceso de su consolidación histórica, la civilización burguesa había postulado la autonomía personal, la universalidad de la ley, la cultura desinteresada, la remuneración objetiva, la ética del trabajo, etc., contra las prerrogativas del *Ancien Régime*. El favor, punto por punto, practica la dependencia de la persona, la excepción a la regla, la cultura interesada, la remuneración por servicios personales. Sin embargo, no éramos a Europa lo que el feudalismo al capitalismo; por el contrario, éramos sus tributarios en todo sentido, además de nunca haber sido propiamente feudales —la colonización es un hecho del capital comercial—. Dado el auge en el que se encontraba Europa, y la posición relativa en que estábamos nosotros, nadie en Brasil tendría la idea ni mucho menos la fuerza de ser, digamos,

<sup>4</sup> Sobre los efectos ideológicos del latifundio, ver el cap. III de *Raízes do Brasil*: “A herança rural”.

un Kant del favor, para batirse contra el otro<sup>5</sup>. De modo que el conflicto entre esos principios antagónicos resultaba desigual: en el campo de los argumentos, prevalecían con facilidad, o mejor, adoptábamos con avidez los que la burguesía europea había elaborado contra la arbitrariedad y la esclavitud; mientras que en la práctica —generalmente de los propios contendientes— el favor, sustentado por el latifundio, reafirmaba sin descanso los sentimientos y nociones que le son propios. Lo mismo se aplica al plano de las instituciones, por ejemplo, con la burocracia y la justicia que, aunque regidas por el clientelismo, proclamaban las formas y teorías del Estado burgués moderno. Más allá de los lógicos debates, este antagonismo produjo, no obstante, una coexistencia estable —que vale la pena estudiar—. Allí radica la novedad: *adoptadas las ideas y razones europeas, ellas podían servir y muchas veces sirvieron de justificación, nominalmente “objetiva”, para la arbitrariedad constitutiva del favor*. Sin perjuicio de existir, el antagonismo se esfuma y los opuestos terminan dándose las manos. Esta recomposición es fundamental. Sus efectos son muchos y calan hondo en nuestra literatura. De la ideología que había sido —es decir, engaño involuntario y bien fundado en las apariencias— el liberalismo se convierte, a falta de otro término, en la explicación intencionada de un conjunto de logros con los que no tenía nada que ver. Al legitimar la arbitrariedad por medio de alguna razón “racional”, el favorecido conscientemente se engrandece a sí mismo y a su benefactor, que a su vez no ve, en esa época de hegemonía de las razones, un motivo para desmentirlo. En estas condiciones, ¿quién creía en la justificación? ¿A qué apariencia correspondía? Pero precisamente no era ese el problema, pues todos reconocían —y esto sí era importante— la intención loable tanto del agradecimiento como del favor. La compensación simbólica podía ser un poco disonante, pero no era mal recibida. O más bien, sería disonante en relación con el liberalismo, que era secundario, y oportuna en relación con el favor, que era lo principal. Y nada mejor, para dar prestigio a las personas y a la sociedad que forman, que las ideas más ilustres de la época, en este caso las europeas. En este contexto, por lo tanto, las ideologías no describen siquiera falsamente la realidad, y no las rige una ley que les sea

<sup>5</sup> Como observa Machado de Assis, en 1879, “el influjo externo es el que determina la dirección del movimiento; no existe por ahora en nuestro medio la fuerza necesaria para la invención de doctrinas nuevas” (826-827).

propia —por eso las llamamos de segundo grado—. Su ley es otra, distinta de la que ellas mismas declaran; es del orden de la jerarquía social, en desmedro de su pretensión cognitiva y de sistema. Deriva gradualmente de lo obvio, sabido por todos —de la inevitable “superioridad” de Europa— y se liga al momento expresivo, de autoestima y fantasía, presente en el favor. En este sentido decíamos que la prueba de la realidad y de la coherencia no parecía aquí decisiva, sin perjuicio de estar siempre presente como exigencia reconocida, invocada o suspendida conforme a las circunstancias. Así, metódicamente, se le atribuyó independencia a la dependencia, utilidad al capricho, universalidad a las excepciones, mérito al parentesco, igualdad al privilegio, etc. Combinándose con la práctica de la que, en principio, sería la crítica, el liberalismo hacía que el pensamiento tambaleara. Reténgase, para ser analizada más tarde, la complejidad de ese paso: al tornarse un despropósito, estas ideas dejan también de engañar.

Está claro que esta combinación fue solo una entre otras. Para nuestro clima ideológico, sin embargo, fue decisiva, además de ser aquella en que los problemas se presentan de la manera más completa y diversa. Por ahora basten algunos aspectos. Vimos que en ella las ideas de la burguesía —cuya sobria grandeza se remonta al espíritu público y racionalista de la Ilustración— adoptan la función de... ornamento y marca de hidalguía: atestiguan y festejan la participación en una esfera augusta, en este caso la de una Europa que... se industrializa. La confusión de las ideas no podía ser mayor. La novedad del caso no está en el carácter ornamental del saber y la cultura, que es de tradición colonial e ibérica; está en la disonancia francamente increíble que ocasionan el saber y la cultura de tipo “moderno” cuando son puestos en este contexto. ¿Son inútiles como un pendiente? ¿Son deslumbrantes como una insignia? ¿Serán nuestra panacea? ¿Nos avergüenzan ante el mundo? Lo más probable es que, en el ir y venir entre argumentación e interés, todos estos aspectos tuviesen ocasión de manifestarse, de manera que en la conciencia de los más atentos debían estar unidos y mezclados. Indistintamente, la vida ideológica degradaba y condecoraba a sus participantes, quienes muchas veces lo tenían en claro. Se trataba, por ende, de una combinación inestable que fácilmente degeneraba en hostilidad y en críticas de las más severas. Para mantenerse requiere de complicidad permanente, complicidad que la práctica del favor tiende a garantizar. En el momento de la prestación y contraprestación —particularmente en el instante clave del reconocimiento mutuo— a ninguna de las partes le interesa denunciar a la otra, aun teniendo en todo instante

los elementos necesarios para hacerlo. Esta complicidad siempre renovada tiene correlatos sociales más profundos, que le dan un carácter de clase: en el contexto brasileño, el favor aseguraba a ambas partes, en especial a la más débil, que ninguna de las dos era esclava. Incluso el más miserable de los favorecidos veía reconocida en el favor la libertad de su persona, lo que transformaba la prestación y contraprestación, por modestas que fuesen, en una ceremonia de superioridad social, valiosa en sí misma. Reforzado por la infinita dureza y degradación que conjuraba –o sea, la esclavitud, de la que ambas partes se benefician y pretenden diferenciarse– este reconocimiento es de una connivencia sin límites, multiplicada además por la adopción del vocabulario burgués de la igualdad, el mérito, el trabajo, la razón. Machado de Assis será un maestro en estos vericuetos. Sin embargo, véase también otro aspecto. Inmersos como estamos, aún hoy, en el universo del capital, que no llegó a tomar una forma clásica en el Brasil, tendemos a ver esta combinación como enteramente perjudicial para nosotros, compuesta solo de defectos. Ventajas no debe haber tenido; pero para apreciar debidamente su complejidad considérese que las ideas de la burguesía, volcadas en un principio contra el privilegio, a partir de 1848 se habían vuelto apologeticas: la oleada de las luchas sociales en Europa mostraba que la universalidad ocultaba los conflictos de clase (Lukács). Por lo tanto, para captar su carácter ideológico es necesario considerar que nuestro discurso impropio era vacío incluso cuando se lo usaba con propiedad. Nótese, de paso, que este patrón se repetiría en el siglo XX, cuando en varias ocasiones, creyéndonos modernos, juramos lealtad a las ideologías más ruinosas de la escena mundial. En el ámbito de la literatura, como veremos, ello produce un laberinto singular, una especie de vacío dentro del vacío. También aquí, Machado será el maestro.

En suma, si insistimos en el sesgo que la esclavitud y el favor introdujeron en las ideas de la época, no fue para descartarlas, sino para describirlas en tanto sesgadas –fuera de centro en relación con la exigencia que ellas mismas plantean, y particularmente nuestras, por esa misma cualidad–. Así, dejando de lado la explicación de sus causas, aún nos queda aquel “desconcierto” que fue nuestro punto de partida: la impresión de dualidad y artificio que provoca el Brasil –contrastes grotescos, desproporciones, disparates, anacronismos, contradicciones, conciliaciones o lo que fuere– combinaciones que el modernismo, el tropicalismo y la economía política

nos enseñaran a considerar<sup>6</sup>. No faltan ejemplos. Véanse algunos, menos para analizarlos que para mostrar la ubicuidad del cuadro y las variaciones de que es capaz. En las revistas de la época, la presentación del número inicial, ya fuese seria o risueña, estaba compuesta para bajo y falso: en la primera parte se proclama el fin redentor de la prensa, en la tradición combativa de la Ilustración; la gran secta fundada por Gutenberg se enfrenta a la indiferencia generalizada, en las alturas el cóndor y la juventud vislumbran el futuro, a la vez que rechazan el pasado y sus prejuicios, mientras la luz renovadora del diario disipa las tinieblas de la corrupción. En la segunda parte, acomodándose a las circunstancias, las revistas declaran su sensata intención de “dar a todas las clases en general, y particularmente a las familias honestas, un medio de deleitable instrucción y ameno recreo”. La intención emancipadora se mezcla con las charadas, la unidad nacional, estampas de modas, generalidades y folletines<sup>7</sup>. Caricatura de esta secuencia son los versitos que sirven de epígrafe a la *Marmota na Corte*: “Aquí la Marmota/ Bien variada/ Placer de todos/ Siempre estimada./ Dice la verdad,/ Dice lo que siente,/ Ama y respeta/ A toda la gente”. Si, en otro ámbito, raspamos un poco en nuestros muros, hallamos el mismo efecto de mezcla incoherente:

La transformación arquitectónica era superficial. Sobre las paredes de tierra, levantadas por esclavos, se pegaban papeles decorativos europeos o se aplicaban pinturas para crear la ilusión de un ambiente nuevo, como en los interiores residenciales de países en vías de industrialización. En ciertos casos, la simulación rozaba lo absurdo: se pintaban motivos arquitectónicos grecorromanos —pilastras, arquivoltas, columnatas, frisos, etc.— con perfecto uso de la perspectiva y las sombras, sugiriendo una ambientación neoclásica jamás realizable con las técnicas y materiales locales. En otros casos se pintaban ventanas en las paredes, con vistas

<sup>6</sup> Elaborada por otra vía, la misma observación se encuentra en Sérgio Buarque: “Podemos construir obras excelentes, enriquecer nuestra humanidad con aspectos nuevos e imprevistos, llevar a la perfección el tipo de civilización que representamos: lo cierto es que todo el fruto de nuestro trabajo y de nuestra pereza parece formar parte de un sistema de evolución propio de otro clima y de otro paisaje” (15).

<sup>7</sup> Ver el “Prospecto” de *O Espelho*; “Introdução” de la *Revista Fluminense*; “A marmota” en *A Marmota na Corte*; “Revista Ilustrada” en *Revista Ilustrada* 1; “Apresentação” en *O Bezouro*; “Cavaco” en *O Cabrião*.

de Río de Janeiro o de Europa, sugiriendo un exterior remoto, ciertamente distinto al real, de las senzalas, esclavos y plantaciones (Reis Filho 14-15).

El pasaje se refiere a las casas rurales en la Provincia de San Pablo, en la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto a la Corte:

La transformación respondía al cambio en las costumbres, que ahora incluían el uso de objetos más refinados, de cristales, lozas y porcelanas, y modos de comportamiento ceremonial, como las formalidades al servir la mesa. Al mismo tiempo, otorgaba al conjunto, que buscaba reproducir la vida en las residencias europeas, una apariencia de veracidad. De ese modo, los estratos sociales que más beneficios obtenían de un sistema económico basado en la esclavitud y destinado exclusivamente a la producción agrícola procuraban crear, para su propio uso, artificialmente, ambientes con características urbanas y europeas, cuyo funcionamiento requería ocultar a los esclavos, y donde todo o casi todo producto era importado (8).

Esta comedia se encuentra vívidamente plasmada en los notables capítulos iniciales de *Quincas Borba*. Rubião, reciente heredero, se ve obligado a intercambiar su esclavo criollo por un cocinero francés y un criado español, entre los cuales no se siente cómodo. Además del oro y la plata, sus metales favoritos, aprecia ahora las estatuillas de bronce –un Fausto y un Mefistófeles– que son también de valor. Un asunto más serio, pero igualmente marcado por la época, es la letra de nuestro himno de la República, escrito en 1890 por el poeta decadentista Medeiros e Albuquerque. Emociones progresistas a las que falta naturalidad: “Ni creemos que esclavos otrora/ Haya habido en tan noble país” (otrora es dos años antes, dado que la Abolición data de 1888). En 1817, en una declaración del gobierno revolucionario de Pernambuco, el mismo tono, pero con intensiones opuestas: “Patriotas, vuestras propiedades, incluso las más contrarias al ideal de justicia, serán sagradas” (Costa 104). Se refiere a los rumores de emancipación, que era necesario aclarar para calmar a los propietarios. También la vida de Machado de Assis es un ejemplo, en la que se suceden rápidamente el periodista combativo, entusiasta de “las inteligencias proletarias, de las clases más bajas”, autor de crónicas y coplas conmemorativas, con ocasión del matrimonio de las princesas imperiales,

y finalmente Caballero y más tarde Oficial de la Orden de la Rosa (Massa 265, 435 y 568). Contra todo eso saldrá al paso Silvio Romero:

Es menester fundar una nacionalidad consciente de sus méritos y sus defectos, de su fuerza y de sus flaquezas, y no armar un pastiche, un remedo del *judas* de las fiestas populares que solo sirve para vergüenza nuestra a los ojos del extranjero. (...) Sólo existe un remedio para tamaño *desiderátum*: –sumergirnos en la corriente vivificante de las ideas naturalistas y monistas, que están transformando al Viejo Mundo (15).

Vista a la distancia, es tan clara la sustitución de un remedo por otro que causa gracia. Pero es también dramática, pues señala cuán ajeno era el lenguaje en que se expresaba, inevitablemente, nuestro deseo de autenticidad. Al pastiche romántico le sucedería el naturalista. En fin, en las revistas, en las costumbres, en las casas, en los símbolos nacionales, en las proclamas revolucionarias, en la teoría y donde fuere, siempre la misma composición “arlequinesca”, para decirlo en los términos de Mário de Andrade: el desajuste entre la representación y lo que, pensándolo bien, sabemos que es su contexto. Consolidada por su importante papel en el mercado internacional, y más tarde en la política interna, la combinación de latifundio y trabajo forzado atravesó impávida la Colonia, los Reinados y Regencias, la Abolición, la Primera República, y aun hoy es objeto de controversias y de tiros<sup>8</sup>. El ritmo de nuestra vida ideológica, no obstante, fue otro, también determinado por la dependencia del país: acompañaba a la distancia los pasos de Europa. Nótese, de paso, que es la ideología de la independencia la que va a convertir en un defecto esta combinación; ingenuamente, cuando insiste en la imposible autonomía cultural, y profundamente, cuando reflexiona en torno al problema. Tanto la eternidad de las relaciones sociales de base como la liviandad ideológica de las “elites” eran parte –la parte que nos correspondió– de la gravitación de este sistema por así decir solar, y ciertamente internacional, que es el capitalismo. En consecuencia, un latifundio poco modificado vio pasar los estilos barroco, neoclásico, romántico, naturalista, modernista y otros, que en Europa acompañaron y reflejaron inmensas transformaciones del orden social. Cabría suponer que aquí perdieran su pertinencia, a lo

<sup>8</sup> Sobre las causas de esta inercia, ver Celso Furtado.

que estábamos condenados por la máquina del colonialismo, y a lo cual, para que quede ya establecido su alcance más allá de lo nacional, estaba condenada la misma máquina cuando nos producía. Se trata, en fin, de un secreto muy conocido, aunque escasamente teorizado. Para las artes, en este caso, la solución parece más fácil, pues siempre hubo modo de adorar, citar, imitar, saquear, adaptar o devorar todas estas modas y estilos, de modo que reflejasen, en su deficiencia, la especie de tortícolis cultural en que nos reconocemos. Pero volvamos atrás. En resumen, las ideas liberales no se podían aplicar, siendo al mismo tiempo insoslayables. Fueron puestas en una constelación especial, una constelación práctica que devino sistema y no dejaría de afectarlas. Por eso, poco ayuda insistir en su evidente falsedad. Más interesante es observar su dinámica, de la que ella, la falsedad, es un aspecto auténtico. Vimos al Brasil, bastión de la esclavitud, avergonzado ante ellas –las ideas más avanzadas del planeta, o casi, pues el socialismo estaba ya a la orden del día– y resentido, pues no le servían para nada. Pero eran adoptadas también con orgullo, de forma ornamental, como prueba de modernidad y distinción. Y naturalmente fueron revolucionarias cuando inspiraron el abolicionismo. Sometidas a la influencia del lugar, sin perder las pretensiones originales, gravitaban siguiendo una lógica nueva, cuyas virtudes, desgracias, ambigüedades e ilusiones eran también singulares. Comprender el Brasil era entender estos dislocamientos, sentidos y practicados por todos como una especie de fatalidad, y para los cuales, sin embargo, no había nombre, pues la utilización impropia de los nombres era su naturaleza. Largamente percibido como defecto, bien conocido pero poco pensado, este sistema de impropiedades ciertamente desacreditaba lo cotidiano de la vida ideológica y disminuía las chances del pensamiento. De todas formas, facilitaba un escepticismo frente a las ideologías a veces absoluto e indolente, y compatible además con una buena cuota de palabrería. Apenas exacerbado, desembocará en la extraordinaria fuerza de la visión de Machado de Assis. Ahora bien, el fundamento de este escepticismo no está seguramente en una exploración reflexiva de los límites del pensamiento liberal. Se encuentra, por decirlo de algún modo, en un punto de partida intuitivo, que nos libraba de ese esfuerzo. Inscritas en un sistema que no describen siquiera en apariencia, las ideas de la burguesía veían anulada desde el comienzo, por la evidencia diaria, su pretensión de abarcar la naturaleza humana. Si eran aceptadas, lo eran por razones que ellas mismas no podían aceptar. En vez de constituir nuestro horizonte, aparecían sobre un fondo más

amplio que las relativizaba: el ir y venir de la arbitrariedad y el favor. Se tambaleaban los fundamentos de su pretensión de universalidad. Así, lo que en Europa sería una verdadera hazaña de la crítica, entre nosotros podía ser el simple descreimiento de un cualquiera, para quien utilitarismo, egoísmo, formalismo o lo que fuere, son como unos atuendos entre otros, muy de moda pero innecesariamente ajustados. Se ve que este sustrato social repercute en la historia de la cultura: una gravitación compleja, donde constantemente reaparece una constelación en la que la ideología hegemónica de Occidente hace el ridículo, como una manía entre manías. Lo que es también un modo de indicar el alcance mundial que tienen y pueden tener nuestras extravagancias. Algo comparable, tal vez, a lo que ocurría en la literatura rusa. Frente a ésta, incluso las mayores novelas del realismo francés parecen ingenuas. ¿Por qué razón? Precisamente porque a pesar de su pretensión de universalidad, la psicología del egoísmo racional, así como la moral formalista, aparecían en el Imperio ruso como una ideología “extranjera”, y por eso localizada y relativa. Desde el seno de su atraso histórico, el país imponía a la novela burguesa un cuadro más complejo. La figura caricaturesca del occidentalizante, francófilo o germanófilo, de nombre frecuentemente alegórico y ridículo, los ideólogos del progreso, del liberalismo, de la razón, no eran sino formas de poner en escena la modernización que acompaña al capital. A estos hombres ilustrados se los presenta alternadamente como lunáticos, ladrones, oportunistas, crueles, vanidosos, parasitarios, etc. El sistema de ambigüedades ligadas así al uso local del ideario burgués —una de las claves de la novela rusa— puede ser comparado a aquel que describimos para el Brasil. Son evidentes las razones sociales de esa semejanza. También en Rusia la modernización se perdía en la inmensidad del territorio y de la inercia social, entraba en conflicto con la institución de la servidumbre y con sus residuos, conflicto experimentado por muchos como inferioridad y vergüenza nacional, sin perjuicio de dar a otros un criterio para medir el delirio del individualismo y el progreso que Occidente imponía e impone al mundo. En la exacerbación de este conflicto, en el que el progreso es una desgracia y el atraso una vergüenza, se halla una de las raíces profundas de la literatura rusa. Sin forzar demasiado una comparación desigual, hay en Machado —por las razones que sumariamente traté de apuntar— una veta semejante, algo de Gógol, Dostoievski, Goncharov, Chéjov, y tal vez otros

que no conozco<sup>9</sup>. En suma, el propio descrédito del pensamiento entre nosotros, que tan amargamente sentíamos y aún hoy asfixia al estudioso de nuestro siglo XIX, era en sí mismo un hito, un punto neurálgico por donde pasa y se revela la historia mundial<sup>10</sup>.

A lo largo de su reproducción social, el Brasil plantea y replantea incansablemente ideas europeas, siempre en sentido impropio. Es en esta condición que ellas serán objeto y problema para la literatura. El escritor puede no saberlo, ni lo necesita para usarlas. Pero solo logra una resonancia profunda y armónica cuando siente, registra y despliega —o evita— su descentramiento y su disonancia. Si bien hay innumerables maneras de hacerlo, son palpables y definibles las contravenciones. En estas se imprime, como ingenuidad, charlatanería, estrechez, servilismo, grosería, etc., la eficacia específica y local de una alienación de largo alcance —la falta de transparencia social impuesta por el nexo colonial y por la dependencia que lo prolongó—. Dicho esto, poco ha aprendido el lector sobre nuestra historia, literaria o general, y no situamos siquiera a Machado de Assis. ¿De qué le sirven entonces estas páginas? En lugar de un “panorama” y su idea correlativa de influencia del contexto, siempre cierta y sugerente, pero siempre vaga y externa, intenté una solución diferente: especificar un mecanismo social, y el modo en que este se vuelve un elemento interno y activo en la cultura; una dificultad insoslayable —tal como el Brasil la planteaba y replanteaba a sus hombres cultos en el proceso mismo de su reproducción social—. En otras palabras, una especie de análisis del sustrato histórico de la experiencia intelectual. En orden de esto, intenté ver en la

<sup>9</sup> Para una reconstrucción rigurosa de nuestro problema ideológico, en una línea algo distinta de esta, ver Paula Beiguelman, donde varias citas parecen salidas de una novela rusa. Véase la siguiente, de Pereira Barreto: “De un lado están los abolicionistas, apoyados en el sentimentalismo retórico y armados de metafísica revolucionaria, corriendo tras de figuras abstractas para transformarlas en formulas sociales; del otro lado están los labradores, mudos y humillados, en actitud de quien reconoce su culpa o medita una venganza imposible” (159). P. Barreto es defensor de una agricultura científica —es un progresista del café— y en ese sentido le parece que la abolición debe ser un efecto automático del progreso agrícola. Le parece, además, que los negros son una raza inferior y es una desgracia depender de ellos.

<sup>10</sup> Antônio Cândido propone algunas ideas en este sentido. Procura distinguir un linaje “malandra” en nuestra literatura. Véase su “Dialética da malandragem”. También los párrafos sobre la Antropofagia, en su “Digressão sentimental sobre Oswald de Andrade” (84 y ss).

gravitación de las ideas un movimiento que nos singularizaba. Partimos de la observación común, casi una sensación, de que en el Brasil las ideas estaban fuera de centro en relación con su uso europeo. Y presentamos una explicación histórica de esa dislocación, que envolvía las relaciones de producción y parasitismo en el país, nuestra dependencia económica y su contraparte, la hegemonía intelectual de Europa, revolucionada por el capital. En suma, para analizar una originalidad nacional, perceptible en el día a día, tuvimos que reflexionar sobre el proceso de colonización en su conjunto, que es internacional. El tictac de las conversiones y reconversiones entre liberalismo y favor es el efecto local y opaco de un mecanismo planetario. Pero la materia inmediata y natural de la literatura es la gravitación cotidiana de las ideas y de las perspectivas prácticas, desde el momento en que las formas fijas hayan perdido su vigencia para las artes. Por lo tanto, es el punto de partida también de la novela, y aún más de la novela realista. Así, lo que estuvimos describiendo es el modo preciso en que la historia mundial, bajo la forma estructurada y cifrada de sus resultados locales, constantemente reiterados, se proyecta al interior de la escritura, en la que ahora influye por vía interna –lo sepa o no el escritor, lo quiera o no lo quiera–. En otras palabras, definimos un campo vasto y heterogéneo, pero estructurado, que es un *producto* histórico, y puede ser un *origen* artístico. Al estudiarlo, vimos que difiere del europeo, usando no obstante su vocabulario. Por ende, la propia diferencia, la comparación y la distancia forman parte de su definición. Se trata de una diferencia interna –el descentramiento del que tanto hablamos– en que las razones nos parecen nuestras a veces, a veces ajenas, bajo una luz ambigua, de apariencia incierta. Resulta de allí una química también singular, cuyas afinidades y aversiones exploramos y ejemplificamos un poco. Es natural, por otro lado, que ese material plantee problemas originales a la literatura que de él dependa. Sin adelantarnos por ahora, digamos solamente que, al contrario de lo que generalmente se piensa, la materia del artista muestra así no ser informe: es modelada históricamente, y registra de algún modo el proceso social a que debe su existencia. Al darle forma, a su vez, el escritor superpone una forma a otra; y es de la fortuna de esta operación, de esta relación con la materia preformada –en la que, imprevisible, dormita la historia– que va a depender la profundidad, la fuerza, la complejidad de los resultados. Son relaciones que nada tienen de mecánico, y veremos en detalle cuánto costó, entre nosotros, ajustarlas para la novela. Y se observa –haciendo variaciones sobre el mismo tema– que aun lidiando

con el modesto tictac de nuestro día a día, y sentado en su escritorio en un punto cualquiera del Brasil, nuestro novelista siempre tuvo como objeto, que elabora como puede, cuestiones de la historia mundial; y que no las trata, si es que lo hace, directamente.

Traducción de Eduardo Vergara Torres  
 Universidad de Chile  
 edovergarat@gmail.com

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALENCASTRO, LUIZ FELIPE DE. “O trato dos viventes: tráfico de escravos e ‘Pax Lusitana’ no Atlântico Sul, séculos XVI-XIX”. Tesis Doctoral. Universidad de Paris, Nanterre, 1986. Impreso.
- “A marmota”. *A Marmota na Corte* 1 [Rio de Janeiro], Sept. 1849: 1. Impreso.
- “Apresentação”. *O Bezouro. Folha humorística e satírica* 1, [Rio de Janeiro], Abr. 1876. Impreso.
- ASSIS, JOAQUIM MARIA MACHADO DE. “A nova geração”. *Obra completa*, vol. III. Rio de Janeiro: Aguilar, 1959. Impreso.
- BANDEIRA, A. R. DE TORRES. “A liberdade do trabalho e a concorrência, seu efeito, são perjuiciais a classe operária?”. *O Futuro* 9 [Rio de Janeiro], Ene. 1863: 289-292. Impreso.
- BEIGUELMAN, PAULA. *Teoria e ação no pensamento abolicionista. Formação política do Brasil*, vol. I. São Paulo: Pioneira, 1967. Impreso.
- CÂNDIDO, ANTÔNIO. “Dialética da malandragem”. *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros* 8 (1970): 67-89. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Digressão sentimental sobre Oswald de Andrade”. *Vários escritos*. São Paulo: Duas Cidades, 1970. Impreso.
- CARDOSO, FERNANDO HENRIQUE. *Capitalismo e escravidão*. São Paulo: Difel, 1962. Impreso.
- “Cavaco”. *O Cabrião* 1 [São Paulo], Sept. 1866: 2. Impreso.

- COSTA, EMILIA VIOTTI DA. “Introdução ao estudo da emancipação política”. *Brasil em perspectiva*. C. G. Mota, org. São Paulo: Difel, 1968. 64-125. Impreso.
- COUTINHO, AFRANIO, org. *A polémica Alencar-Nabuco*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1965. Impreso.
- FURTADO, CELSO. *Formação económica do Brasil*. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1971. Impreso.
- FRANCO, MARIA SYLVIA DE CARVALHO. *Homens livres na ordem escravocrata*. São Paulo: Instituto de Estudos Brasileiros, 1969. Impreso.
- HOLANDA, SERGIO BUARQUE DE. *Raízes do Brasil*. Rio de Janeiro: José Olympio, 1956. Impreso.
- “Introdução”. *Revista Fluminense. Semanario noticioso, literário, científico, recreativo...* 1 [Rio de Janeiro], Nov. 1868: 1-2. Impreso.
- LUKÁCS, GEORG. “Marx und das Problem des ideologischen Verfalls”. *Probleme des Realismus. Werke*, vol. IV. Neuwied: Luchterhand, 1971. Impreso.
- MASSA, JEAN-MICHEL. *A juventude de Machado de Assis*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1971. Impreso.
- NABUCO, JOAQUIM. *Um estadista do Império*, vol. I. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1936. Impreso.
- “Prospecto” *O Espelho. Revista semanal de literatura, modas, indústrias e artes* 1 [Rio de Janeiro], Sept. 1859: 1. Impreso.
- REIS FILHO, NESTOR GOULART. *Arquitectura residencial brasileira no século XIX*. Manuscrito.
- “Revista Illustrada”. *Revista Illustrada* 1 [Rio de Janeiro], Ene. 1876: 1. Impreso.
- ROMERO, SILVIO. *Ensaio de crítica parlamentar*. Rio de Janeiro: Moreira, Maximino & Cia., 1883. Impreso.